

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 17 DE SEPTIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Democracia y despotismo en Hispano-América

[El Dr. BELAUNDE es uno de los egregios peruanos de la vanguardia. Escritor brillante, sociólogo distinguido, alecciona con éxito a la juventud selecta y pensadora del Perú. Dirige un excelente mensual de ideas e ideales: *Mercurio Peruano*, Lima].

Las afirmaciones de Mr. Grand Pierre en su artículo «Los Despotas, una necesidad política de los países de América Latina», de que la mayoría de esos países son indiferentes a la forma de su gobierno, ya sea autocrático o republicano y de que la democracia es imposible en América, sólo pueden explicarse, o por el desconocimiento de la realidad política de esos países, o por el propósito de cohonestar excepcionales y transitorias situaciones bajo el color de una doctrina que envuelve, al mismo tiempo, una injusticia y una injuria para la Civilización Hispano Americana. A exponer y defender esta civilización he consagrado mi actividad en los tres años de mi residencia en los Estados Unidos, encontrando por doquiera espíritus comprensivos y justicieros; y, por lo tanto, me creo en el deber de refutar las raras doctrinas del señor Grand Pierre, con el simple recuerdo de algunos hechos.

Lo primero que llama la atención en el artículo del señor Grand Pierre y que confirma, o su ignorancia o sus propósitos, es la lamentable confusión entre las varias condiciones de Hispano-América, los distintos períodos de su historia y la diversidad de sus personajes representativos.

Hispano América es demasiado grande y complicada, para poder hacer respecto de ella, precipitadas generalizaciones.

El señor Grand Pierre, envuelve en el mismo concepto a los países que, hasta ayer, estaban sometidos al régimen español; a los Estados cuya posición geográfica ha determinado mayores influencias o intereses extranjeros; a los países que han ensayado por más de un siglo la vida independiente, y sin el obstáculo anterior; a las naciones favorecidas por los factores fisio-

gráficos y étnicos y a las sociedades que han tenido en contra la tierra y la variedad de razas.

A despecho de lo que dice el señor Grand Pierre, el amor a la libertad y los esfuerzos hacia la democracia, son comunes a todos ellos; pero los resultados han tenido que guardar proporción con los obstáculos económicos y morales, geográficos e históricos, con que han tenido que luchar.

Con un criterio científico, suscepti-

ble de mayor perfección y exactitud, Lord Bryce distingue, por lo menos tres grados en el desarrollo de Hispano-América, cuando clasifica estos países en tres grupos:

El primero en que gobierna un régimen personal autocrático, como Haití.

El segundo, en que el régimen personal es intenso; pero bien inspirado y con el control relativo de determinadas instituciones democráticas.

El tercero, el de los países que, como Brasil, Uruguay y Argentina, han alcanzado ya el funcionamiento regular de las instituciones republicanas.

Otra lamentable confusión en que incurre Mr. Grand Pierre, es la de los períodos históricos que tienen, naturalmente, distintas culturas y requieren diversos regímenes. Para el criterio indiferenciado del señor Grand Pierre,

(Pasa a la página 363).

Chile

UN territorio tan pequeño que en el mapa llega a parecer una playa entre la Cordillera y el mar, un paréntesis de espacio como de juego entre los dos dominadores centaurescos. Al Sur, el capricho trágico de los archipiélagos australes, despedazados, haciendo una inmensa laceradura al terciopelo del mar.

Y las zonas naturales, claras, definidas, lo mismo que el carácter de la raza. Al norte, el desierto, la salitrera quemada de sol, donde se prueba el hombre en dolor y en esfuerzo. En seguida, la zona de transición, minera y agrícola, la que ha dado sus tipos más vigorosos a la raza: sobriedad austera de paisaje, uno como ascetismo ardiente de la tierra. Después, la zona agrícola, de paisaje afable; las manchas gozosas de los huertos y las manchas densas de las regiones fabriles; la sombra plácida del campesino, pasa quebrándose por los valles y las masas obreras hormiguean, ágiles, en las ciudades. Al extremo sur, el *tropico frío*, la misma selva exhalante del Brasil, pero negra, desposeída de la

lujuria del color; las islas ricas de pesca, envueltas en una niebla amoratada, y por fin la meseta patagónica, nuestra única tierra de cielo ancho, de horizontalidad perfecta y desolada, suelo del pastoreo, para los ganados innumerables, bajo las nieves.

Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a la índole heroica de sus gentes. No importa: ¡tenemos el mar... el mar... el mar...!

Raza nueva, que no ha tenido a la Dorada Suerte por madrina, que tiene a la necesidad por dura madre espartana. En el período indio, no alcanza el rango de reino; vagan por sus sierras tribus salvajes, como ciegas de su destino que sería dar el cimiento de vigor estupendo a la raza futura. En seguida, la Conquista, cruel como en todas partes: el arcabuz disparado hasta caer rendido sobre el araucano de dorso de cocodrilo. La Colonia, más tarde, no desarrollada como en el resto de la América, en laxitud y refinamiento, por el silencio del indio vencido, sino alumbrada por esa espe-